

¡ESTO ES UN GARABATO!

Días enteros pasó frente a donde iba a escribir. Sabía que de este escrito dependería su futuro inmediato y quizá también el de muchos años, de siglos. Nada se le ocurría. Desesperado veía sus manos que no hacían ningún movimiento para empezar a trazar las letras. Manos rudas, de trabajador del campo pero de movimientos finos, elegantes. Muévanese, les gritaba, pero ellas permanecían como paralizadas. Desesperado se ponía de pie, golpeaba su cabeza contra las paredes, se arrancaba de furia la ropa para volver a sentarse. Al fin, después de muchos sudores pudo escribir el texto. ¿Cuántos días o semanas habían transcurrido? Lo ignoró como ignoraba todo lo que sucedía en su entorno. Las veinticuatro horas las dedicaba a pensar. Lo primero que le vino a la mente fue la palabra sexo, sí, estaba bien, concluyó, pero cómo escribirlo sin que sonara vulgar y menos pornográfico. ¿Hacer el amor, cohabitar, unirse, fornicar? La segunda palabra fue matar. Hacer el amor y matar. Los dos extremos de la vida. ¿Y lo demás? Nada le venía a la mente. Pero ya todo eso pasó. Orgulloso de su trabajo tomó el escrito y fue a llevárselo a su patrón. Antes tomó un baño y se puso sus ropas mejores. Lo voy a apantallar, se dijo para sí mismo. De seguro no se espera algo como esto. Definitivamente soy un chingón. Tardado, eso sí, pero chingón. Nadie como yo. Es un trabajo conciso, perfecto. En pocas frases está resumido todo. Se recordó de libros enormes que para decir cualquier cosa utilizaban cuartillas y cuartillas. El primero, el que le leía su madre y que a él le aburría sobremanera, eran unos escritos muy antiguos que servían sólo para contar como Adán salió del paraíso mientras Eva se entretenía con la serpiente. No, lo mío no son sino dos tristes cuartillas. Digo lo de tristes por la cantidad, no

por la calidad. Si fuera por esto diría que son dos gloriosas cuartillas, maravillosas cuartillas.

-¿Dónde está lo que te pedí?

-Aquí lo traigo, jefe.

-Para cuándo te lo pedí.

- Perdón por el retardo.

- Por lo visto a ti te vale lo que yo pido y eso que dices ser el mejor de mi equipo.

- No era fácil.

- Y así te atreves a pedir que te aumente de sueldo cada año. Todos ustedes son una bola de inútiles, de tarados.

- Ya no se enoje, patrón, verá que al leerlo va a quedar más que satisfecho.

- Más te vale que sea así.

- Aquí lo tiene, léalo.

Satisfecho entrega el escrito y se coloca en posición para recibir las alabanzas que está seguro se le prodigarán cuando el patrón termine de leer. En su cara se dibuja una gran sonrisa de satisfacción.

- ¿Pero que chingados es esto? Es un vil garabato, no se entiende ni madres.

- ¿No lo puede leer?

- Te digo que es un pinche garabato esto que me trajiste. ¿No has aprendido a escribir?

- Bueno, es que yo...

- Que tú qué...

- Si al menos hubiera tenido una computadora, o una máquina de escribir, o una pluma, un lápiz o al menos una pluma de ganso con su tinta.

- Pretextos nunca faltan. Cuando se quiere hacer las cosas se hacen. Puedes agarrar una tiza, una piedra. Se puede escribir hasta con tu propia sangre si es que se quiere cumplir con las órdenes dadas, pero no traer estas porquerías.
- No son porquerías, me pasé muchísimas horas trabajando.
- Se nota, lo traes lleno de polvo.
- Es que aquí hay mucho. Dejeme, se lo sacudo.
- No me alburees.
- Perdón, se lo limpio.
- Síguele.
- ¡Ya! Mírelo, ¿no quedó bien?
- Pa'trabajito.
- Si quiere usted yo se lo leo.
- Lo que quiero es que aprendan a obedecer, a cumplir con sus obligaciones. Te digo que esto es un garabato peor que el que puede hacer un niño de primaria, y mira que los de aquí son muy brutos todos ellos.
- ¿Se lo leo o no?
- Empieza.
- Deje ponerme los anteojos, a mi edad no se ve bien.
- Te digo que para pretextos...
- Ya está. Empiezo. Am...am...am...
- Ya ves, ni tú te entiendes.
- Es que no hay buena luz. ¿Puedo prender las lámparas?
- Haz lo que quieras pero ya lee tus porquerías.
- Señor, no me insulte.

- No sólo te voy a insultar sino que ordenaré que te golpeen. ¡Ponte a leer, con un carajo!
- Ya voy, ya voy. Uy, qué prisas.
- Ya quiero ver qué escribiste.
- Am...am...amarás. Sí, amarás a Dios sobre todas las cosas.
- Bueno, eso no está mal Moi, a ver el segundo.
- No jurarás su nombre en vano.
- Bien, bien. Sigue.

Tomás Urtusástegui

Octubre 2003

-